



EL ROSAL DE LA TUMBA.

I.

Vedla allí: es ella, la hermosa, la angelical María. Su cabello rubio, rodeando su frente de alabastro, parece ser aurífera corona, que rodea su rostro de ángel.

Es ella, sí, es María, que va á visitar la tumba de su amiga. Esta murió, dejando en el mundo á su amada de la infancia, á la que supo comprender su cariño y unir á la suya su alma candorosa.

Atacada por terrible enfermedad, viendo cómo la tísis parecía robar una á una sus esperanzas y su vida, la pobre niña fué arrebatada de la tierra cuando apenas contaba quince años.

María quedó sola; su alma, empero, parecía comunicarse con la que tanto habia amado, con la que poseia todo su recuerdo, toda la ternura

que ella podia á su memoria tributar.

Cuando los seres se unen aquí en la tierra con los lazos santos del sentimiento y la muerte viene á separarlos, aquí en esta morada de la vida aparece en lucha constante, permanente, parece como que esa misma muerte, tan terrible, no es suficiente á romper la union del sentimiento, que aparece inmanente, cual si quisiera indicar cuán grande es y cuán sublime. María, pues, no se hallaba del todo separada de su amiga: allí, en el cementerio, junto á su tumba, parecia acompañarla, pareciale tenerla á su lado, cual en vida pasára tantas veces.

María iba todas las mañanas á visitar el sepulcro de su amada compañera, de la que tanto habia querido y amaba aún en su recuerdo imperecedero. A su lado, cerca de aquellos restos insensibles, que ya

no podían presentir su presencia, la hermosa niña veía deslizarse las primeras horas del día, cuando los rayos del sol saliente venían á caer sobre la tierra humedecida, como si calentarla quisieran, para que ella pudiera transmitir su calor á aquel cuerpo que lo había perdido para siempre.

Sobre la tumba, cerca de la modesta cruz allí plantada, María se sentaba sobre la menuda hierbecilla que empezaba á cubrir de nuevo la tierra removida; y cuando el sol, con su elevación sobre el horizonte, le indicaba que ya era hora de retirarse, la triste niña abandonaba aquel sitio, tranquila en parte porque creía que su custodia de aquel sepulcro tan venerado podía ser grata á la que tanto amó cuando la vida no había desaparecido de su cuerpo, haciendo así imposible que ya pudiera comprender su afecto y su ternura.

María pasaba junto á la tumba aquellos tristes momentos recordando las grandes prendas de la que allí yacía, recordando sus cariños, sus afectos, hasta sus impertinencias cuando enferma, moribunda casi, sólo tenía deseos fugaces que á cada paso aparecían para en el instante desaparecer.

La mañana en que la vimos, como de ordinario, junto á la tumba, la niña llevaba sobre su pecho una rosa blanca. Silenciosa se hallaba, y sus ojos se fijaban en aquella flor, fresca entonces y lozana, como de corto tiempo arrancada del tallo donde pudo desenvolverse, crecer, formarse tan bella, tan hermosa.

María recordaba, ante aquella flor, que el último anhelo de la que allí yacía bajo la húmeda tierra había sido poseer una rosa blanca. La desgraciada, cuando el aliento parecía escaparse de sus pulmones y sus ojos apenas percibían la luz del día, quiso le llevarán una blanca rosa, que próxima á su cama en lindo vaso se hallaba colocada.

Y cuando sus ojos se cerraron á la luz y sus brazos cayeron por su propio peso, faltos del vigor que les diera la vida que volaba, la rosa quedó entre sus manos y fué con ella al sepulcro.

María hubiera querido en aquel momento dedicar la humilde flor á la memoria de su amiga; mas era tan difícil la consecución de su deseo, que sólo le fué posible dejarla allí, sobre la fosa, para que los rayos del sol marchitaran, secándolos, sus pétalos, para que el viento trasportara en sus alas su delicado aroma.

La niña fué á colocar la rosa de modo que su corto tallo pudiera absorber la humedad de la tierra, y al remover ésta para conseguirlo, creyó ver una tierna planta, un brote imperceptible que aparecía en un pequeño tronco, ya seco, que en el mismo sitio se encontraba.

¿Qué era aquello?

El corazón de la niña latió con fuerza, sin poder de ello darse cuenta: parecía como que aquella planta que quería vivir, que venía á crecer sobre la desgraciada amiga arrancada á su amor, parecía que aquel débil tallo, tan tierno, tan de-

licado, formaba parte del sér aquel que ella tanto habia amado.

Quiso tocarlo, y sus dedos sintieron terrible aguijon que los heria: parecia como que la planta queria defenderse de los ataques de la niña.

Esta, sin embargo, estaba muy léjos de querer hacerla daño: al sentirse herida, al retirar su delicada mano con violencia, un pensamiento súbito vino á su mente, inundando su alma de radiante alegría. Porque no podia caber duda; lo veia ciertamente: allí habia existido un rosal, que se secó sin duda, y ahora brotaba de nuevo, ofreciendo ya un verde tallo, lozano y saludable.

La niña gozaba placer inmenso: ante aquella rosa blanca, ante aquel rosal que aparecia ante sus ojos como para vivir sobre la tumba de su amiga, María pensaba ya, en dorada ilusion forjando ideas, que aquel rosal daria flores blancas: su corazon parecia hacérselo presentir.

María formó, pues, el firme propósito de proteger el desarrollo de aquella planta, porque creia que su sentimiento no la engañaba, y que en su dia las rosas blancas formarian hermosa corona sobre el sepulcro humilde, sobre la solitaria tumba.

Y desde entónces la planta mereció sus cuidados, y el verde tallo se hizo magnífico rosal; y María le regaba diariamente, y sus desvelos eran pagados por el arbusto, que aumentaba en tamaño y lozanía, y cuando llegó la primavera con sus vientos suaves y sus hermosas flores, el corazon de María latia de placer

al ver que innúmeros capullos llenaban el rosal que tantos desvelos le habia costado.

Y la niña anhelaba por momentos que pasáran los dias, que pudiera ver el color de aquellas rosas que vivian sobre los restos de su amiga, que de éstos tomaban, tal vez, sustancias diversas que absorbian sus raíces.

¿La engañaria su sentimiento?

Este le decia que aquellas rosas eran blancas, blancas como la inocencia de la que se encontraba bajo aquella tierra, como el candoroso pensamiento de aquella á quien debian sin duda su desarrollo, su crecimiento, su existencia, en fin.

Y los dias corrian veloces, y parecian pesadamente correr para María, y el arbusto presentaba centenares de capullos que en cientos de flores habian de convertirse.

II.

La mañana de uno de los primeros dias del mes de Abril, María fué al cementerio, á visitar como siempre la tumba de la niña, que sólo tenía su guarda y su custodia: ántes de llegar al lugar donde para siempre reposaba la que habia partido de la tierra, creyó que un punto blanco se distinguia en una de las ramas del rosal. El corazon de la amable niña latió con fuerza, porque su presentimiento parecia haberse realizado. No quiso creerlo: ella, que tanta fe habia abrigado, que tanta confianza habia tenido en que su esperanza llegára á realizarse, temia ahora, cuan-

do la realidad se presentaba á sus ojos, temia que todo fuera ilusion, que las rosas no presentáran el hermoso color de la que quedó entre las manos de la amiga por quien ella velaba aquella tumba.

Quiso ver la evidencia, descifrar el enigma, saber si en realidad las flores de aquella planta, cuya existencia se debia á sus afanes, eran blancas ó no.

Y rápida como el viento, corrió hasta el sepulcro, y cayó arrodillada junto á la modesta cruz que allí se levantaba, cruzando sus manos y elevándolas al cielo, como si su alma toda quisiera volar al encuentro de la que en aquel momento estaba sin duda atenta á ella: la veia, sí: el rosal ostentaba su primera flor abierta á las caricias de los rayos

del sol naciente: la rosa era blanca.

La niña angelical, que habia dedicado su existencia, su sentimiento todo al recuerdo de la que amó en la tierra, veia premiados sus afanes prolijos ante la realizacion de su deseo más ardiente.

Y entónces, cuando en los dias sucesivos fueron abriendo los otros capullos y el arbusto se vió cubierto de rosas blancas, María creia que el espíritu de su amiga estaba con ella, que se manifestaba en cada una de aquellas preciosas flores.

Grande fué su sentimiento, y grande el resultado producido: bendito sea, pues, el sentimiento que eleva el alma, que regenera al sér humano.

E. THUILLIER.

Puerto de Santa Maria, Enero, 1876.



LA IGLESIA (1).

La Iglesia, querido niño,
Es de Jesucristo esposa,
Y también madre amorosa
Que nos quiere con cariño.
Apénas la luz del día
Ven al nacer nuestros ojos,
Cuando el camino de abrojos
Limpia ya con mano pia.
Ella te enseña á rezar,
Fortificando tu alma,
Y las tempestades calma
Que el dolor hace brotar.
Te da cinco mandamientos,
Que son otros tantos dones,

Remedio en tus aficciones,
Bálsamo en tus sufrimientos.

Lleva su amor maternal
Aun más allá de la muerte,
Pidiendo á Dios que acogerte
Quiera en la patria inmortal.

Sólo en su seno, hijo mio,
Se encuentra la salvacion,
Y fuera la perdicion
Para el malo y el impío.

Poco te pide, en verdad,
Por beneficio tan grande:
Que observes lo que te mande,
Que cumplas su voluntad.

VICENTE RIVAS.

(1) Del librito *Album religioso de la niñez*, que acaba de publicarse.

LABORES AGRÍCOLAS DEL MES DE ENERO.

Nuestra principal mision sobre la tierra es el trabajo, fuente de todo bienestar, pues al propio tiempo que nos enriquece nos proporciona la tranquilidad del espíritu, que nunca conocen los perezosos. Mil veces lo habréis experimentado: cuando despues de un día bien empleado volveis desde la escuela al lado de vuestros padres, vuestro contento es indecible y el juego á que entónces os entregais está exento de todo cuidado, porque lo habeis merecido: los placeres como el descanso se adquieren mediante el trabajo.

Cada estacion del año tiene sus

diferentes trabajos, hasta la de los hielos y las nieves. Aunque los campos no reclamen en ella frecuentemente la presencia del labrador, á causa de lo largo de sus noches y lo breve de sus días, sabe encontrar en su granja útiles ocupaciones. Animada por su ejemplo la familia, no muestra menor actividad que en el verano; los dependientes, los criados y los braceros reciben órdenes del mismo para ocupar su tiempo, mientras él llena los deberes de un buen administrador.

En Enero empieza un nuevo año y es necesario tener una contabili-

dad exacta del trascurrido, y conocer detallada y minuciosamente sus gastos y sus ingresos. En seguida examina todos los instrumentos que ha utilizado en el año anterior, para recomponerlos si es necesario; hace un inventario de todo su mobiliario y recompone cuidadosamente sus desperfectos ó reemplaza lo inútil, pues si esperase á que lo reclamáran las labores del campo, podria encontrarse desprovisto de alguno y perder un tiempo precioso. Los instrumentos deben limpiarse con cuidado, engrasarse los hierros y pintarse las maderas para que puedan resistir la humedad. La pintura debe prepararse en casa, por resultar mucho más económica.

En cuanto empiezan los hielos, el labrador cierra cuidadosamente los agujeros de ventilacion de los silos en que se conservan las patatas, los nabos, las remolachas, etc. Estos silos son unos grandes fosos abiertos en la tierra, de cinco á seis metros de profundidad por dos ó tres de ancho, y que en el fondo y en las paredes están revestidos de una capa de paja. Tambien sirven para conservar el trigo.

Si se anuncia el deshielo, si se funde la nieve, si cae una fuerte lluvia, el labrador visita las tierras sembradas, los pastos y los barbechos, para destruir los obstáculos que pudieran haberse acumulado y detener la corriente de las aguas.

Pero donde debe reinar mayor actividad es en la casa. Así que llega la noche, el labrador hace cerrar todas las puertas exteriores, y reuniendo á su familia y dependientes, evita la pérdida del tiempo y hasta los incendios, tan frecuentes en este mes. Mil ocupaciones se les ofrecen: los unos desgranar las mazorcas de maíz, excepto las que se reservan para sembrar; otros mondan las habichuelas, las habas y los rábanos; éstos hacen ristras de ajos y cebollas; aquéllos ponen á los rastrojos las púas de que carecen, ó construyen esteras de paja para las plantas de los jardines. Las mujeres cuecen raíces para alimento del ganado y preparan la cena ó hilan el cáñamo junto al hogar, mientras el dueño de la casa entretiene á todos con alguna lectura instructiva y moral.

TH. LEBRUN.



LA MAÑANA DE LUCÍA.

(Conclusion.)

VI.

A la tropa gatuna
Dijo despues la niña alegremente :
—Venid todos aquí, va dar la una
Y no es cosa decente

Que olvideis lo que tanto os interesa :
Aquí, á estudiar encima de esta mesa.
Suba ustedé, doña Gata,
Que de su bien se trata.....
Vamos, ustedé querrá unos espejuelos.....
Suba á darles leccion á sus hijuelos.....



Espérese un instante,
Que aquí tiene por dicha al fabricante.—
Y en práctica poniendo sus anteojos,
Redondos, regulares,
Recortó de papel unos anteojos
Que fueran dignos de Joaquin Linares;
Pero al querer ponerlos á la gata,
Ésta, por no saber lo que era aquello,
De un manoton los descompuso ingrata
Y quedaron colgando de su cuello.
—Peor será para ustedé, dice Lucía;
Enséñele al Blanquillo como pueda,
Y si no puede ver, no es culpa mia.
Ya de mi cuenta queda
Del Negro castigar la travesura
Y la leccion tomarle de escritura.—

Vaya ustedé á los gatos con razones
Hablándoles de estudios y lecciones.
Después de un largo rato
De intentar convencerles con desvelo,
Hubo de consentir que gata y gato
La leccion continuáran por el suelo.
Ella cogió al Negrito
Para que éste pusiera por escrito
Su nombre en un papel; mas su paciencia
Luchó con la obstinada resistencia
Del terco animalito.
¿Qué hacer para triunfar? Fácil fué en suma :
Prescindió de la pluma,
Y del alumno con laudable esmero
Zambulló una patita en el tintero.
Él, que, en veces distintas,

Su notoria maldad mostrado habia,
Volcó el frasco, y la Reina de las Tintas
Tiró sobre el vestido de Lucía.
El tapete quedó todo nadando,
Y la tinta, manchando,
Saltó desde el sillón hasta la estera;
Pero la señorita no se altera,
Y con agua y jabón lava la mancha
Y más lo ensucia todo y más lo ensancha.

VII.

¿Piensan ustedes que la niña loca
En el descuido aquel halló enseñanza?

Pues el que así lo piense se equivoca,
Que en ciertos caracteres no hay mudanza.
Si obró mal, ya le puso buen remedio,
Esponjas y jabón quitó de en medio,
Y no sabiendo en qué pasar el rato,
Se puso á perseguir de nuevo al gato.
— ¿Se esconde usted, tunante?
¿Piensa usted que es bastante
Mancharlo todo y escaparse luego? —
É incansable en el juego
En dos patas coloca á su Negrito,
Le obliga á pasearse de este modo,
Hasta que el hostigado lanza el grito



De rebelion y descompono todo.
Apriétale Lucía,
El Negro se defiende,
Aquella no desmaya en su porfia,
Y éste, huraño, se tiende,
Viendo que la muchacha le atropella,
Donde hay de tinta perdurable huella.
Sigue la lucha, y en el terso brazo
De su ama cariñosa
Deja como señal un arañazo;
Lucía se retira temerosa,
Y ni una queja exhala, ni da un grito
Que su dolor revele....
¡Que mucho, si es lo sólo que le duele
La negra ingratitud de su Negrito!

VIII.

Pero ¿es justo culpar de todo al gato?
¿No le ha dado la niña con su trato
Motivo suficiente
Para que aquél tuviera
Que defenderse y ofender valiente?
Lucía, que es sincera,
Reconoce su error y su capricho
Y llama al fugitivo ¡Micho! ¡Micho!
Él, que no tiene de aprension asomo,
Deja que llegue su ama
Y le pase la mano por el lomo.
Ella su hijo le llama,
Y pródiga le aplica dulces dichos
Poco propios tratándose de bichos.

Ya está la paz firmada;
De la escena pasada
Ni aún la memoria queda;
Y sin temor de que de nuevo pueda
Pagarle sus abrazos
Con nada cariñosos arañazos,
Vuelve á reinar sin tasa la alegría,
Y como él no ha de hablar, habla Lucía:
— ¿Le parece á usted bien cómo se ha puesto?
¿Olvida que su madre le ha compuesto
Y lamido y peinado?
Tiene usted todo el pelo alborotado
Y mancha cuanto tcca....

¿Qué es eso! ¿Vuelve usted á abrir la boca?
En fin, por si le sirve de consejo,
Mírese en el espejo
Y diga si está bien que un gato honrado
De tinta y de jabon esté manchado.
Se salió con la suya y nada ha escrito;
Pero ¿qué me diría el señorito,
Si yo en la carbonera le encerrase,
Ya que tales destrozos hizo en clase?
Vamos, que le aproveche
La leccion y que á ser no vuelva malo,
Porque en lugar de darle bollo y leche
Le puedo dar muy bien ayuno y palo.



Ahora, juicioso al verle,
Los lentes que papá lleva al teatro
Voy al Negro á ponerle....
¿Es favor que quisieran más de cuatro!
Mire usted á su hermano. ¿Le parece
A usted si el tuno crece?
¿Piensa usted que está cerca? Pues se engaña:
No tenga usted temor, que no le araña....
¿Quieto! ¿quieto otra vez!... ¿Pues no los tira!
¿No quiere convencerse que es mentira! —
Con efecto, el Negrito
Su libertad recobra;
Y la niña da un grito
Y crecen su pesar y su zozobra,
Viendo los lentes hechos mil pedazos
Y sus manos surcadas de arañazos.

IX.

La campanilla de la casa suena....
La madre va á llegar.... ¿Qué hará Lucía?
¿Escondarse? ¿Esperarla allí serena?
¿Con doble hipocresía
Achacar á los gatos lo ocurrido,
El ovillo buscar que se ha perdido
Y devanar á escape una madeja?.....
De su bondad la niña se aconseja
Y á su mamá que la contempla y quiere
Todas sus travesuras le refiere.

X.

Algunos ilustrados papelotes,
Por más señas franceses,

Esta historia trajeron há dos meses.....
 Mas decir olvidaron si hubo azotes.
 Yo me inclino á que sí, lectoras mias,
 Que estos casos se dan todos los dias
 Y no es ningun exceso.

Pero á fin de que el cuento no os aflija,
 Tambien puedo deciros que en un beso
 Ajustaron las paces madre é hija.

OSSORIO Y BERNARD.

EL CAZADOR DE INSECTOS.

(Conclusion.)

IV.

A la mañana siguiente se dirigió Manuel al punto donde creia hallar los insectos que con tanta ánsia buscaba Gougelet, y fué tan afortunado que de pronto tropezó con los que se imaginaba eran iguales á los que aquél deseaba, y fuélos recogiendo en los tubitos que él mismo le habia dado para ese objeto, y lleno de ansiedad se dirigió hácia la posada del frances; éste al verlos comprendió al momento que no pertenecian á la clase que creia Manuel, pero sí á otro género rico é interesante, del cual sería una nueva especie.

Así fué que en su entusiasmo científico no pudo ménos que abrazar á nuestro jóven una y más veces, medio loco de alegría.

Luégo de calmado aquel entusiasmo comenzó á enterarse muy por menor del sitio donde habia cogido aquellos insectos y que le explicó Manuel con puntualidad; como deseaba tanto reconocerlo él mismo por sus propios ojos, dirigió la excursion de aquel dia hácia el punto donde vi-

vian tan pequeños seres. Llegados que fueron allí dieron con algunos, aunque en escaso número; lo que hizo exclamar á M. Gougelet:

— Por lo visto no son tan abundantes como yo creia.

— Yo no sé, pero me parece, le dijo Manuel, que ahora no hay tantos como en tiempo que yo corria con mis compañeros por este campo.

El lugar donde se encontraban era ameno y frondoso, pues estaba situado en lo mejor de un pequeño valle, divisándose por uno de sus lados un extenso horizonte: horizonte el más bello que se presenta en los alrededores de Santiago. El dia estaba algo caluroso, porque era por el mes de Agosto, y el lugar convidaba al descanso, así que el *revolvedor de piedras* y su compañero determinaron sentarse sobre la verde alfombra del campo y bajo la benéfica sombra de unos cuantos castaños que parecian haber sido puestos allí de propósito para aquel objeto.

Gougelet, por no perder el tiempo, fué colocando en unas cajitas que traia ex profeso, como os he dicho

ya, los insectos más raros y curiosos que habia recogido en los tubitos de cristal, atravesándolos con unos alfileres hechos para el caso. Entretanto, hacía sus explicaciones y preguntas á Manuel, á las que éste contestaba tan oportunamente que cada vez iba admirándose de su fácil memoria y claro entendimiento.

Nuestro héroe, por su parte, no dejaba tampoco de preguntar sobre la significacion de tantas cosas para él desconocidas que se ofrecian á su vista y que el buen naturalista satisfacía con gusto, viniendo á servirle al jóven de provechosas lecciones.

Luégo que el naturalista hubo por terminada su operacion de ordenar los más preciosos insectos, le dijo á Manuel:

—Veo por tu constancia en seguirme y las muchas preguntas que me haces, que tienes gran aficion al estudio. ¿No es verdad, Manuel?

—¡Oh! Sí, señor, es muy cierto lo que decis, tengo grandes deseos de saber, pero no cuento con medios para estudiar y me veré obligado, en cuanto salga de la escuela á aprender un oficio..... Al decir esto se le llenaban los ojos de lágrimas al pobre Manuel.

—Comprendo, continuó M. Gougelet, que tu situacion es triste, pero no te afijas, que ya verémos de remediarla en lo posible. Si quisieras venir conmigo yo me encargaria de tu educacion.

—¡Ah! ¡qué bueno sois señor!.. ¡Con qué gusto no iria yo con usted!.. ¿Qué más podria desear? Pe-

ro mi querida madre, ¿qué sería de ella?.. ¿y cómo lo pasaria sin mí... sola... abandonada?.. ¡Oh! no, señor, eso no lo haré nunca...

—Me gusta y conmueve tu conducta, Manuel: veo que no sólo tienes talento, sino tambien bellissimo corazon; eres digno de que todos te quieran y te proporcionen medios de lograr tus buenos deseos; desde luégo te aseguro que me valdré de todos los que yo puedo disponer para conseguir tu objeto, saliendo de ese pobre estado en que te ves.

En esto Manuel ya no pudo contenerse y se echó llorando de alegría á los piés del que le prometia ser su protector, quien le recibió en sus brazos, llenándole de caricias.

—Vamos, levántate, Manuel, y corramos á la ciudad, que ya es hora de retirarse. El naturalista estaba tambien conmovido y deseaba variar de conversacion.

—Y quiero, ántes de retirarnos al pueblo, siguió diciendo, echar la *manga* á orillas del rio Sar, por si logro coger algunas conchitas y caracoles de las que viven entre sus arenas, á las que tiene gran aficion un amigo mio: y sin pensarlo más tomaron el camino que les llevaba á aquel punto.

Observo que uno de vosotros desea decirme algo: podeis hacerlo y preguntarme todo cuanto se os ocurra.

(*Un niño que sale del corro donde están reunidos los demas que oyen esta relacion*): Nosotros queriamos saber qué clase de *manga* es esa

que tenía M. Gougelet para coger caracoles y conchas en el fondo del río.

Ya me sospechaba yo que era esto lo que deseabais saber: pues bien, queridos niños, la *manga* llaman los naturalistas á un saquito de cañamazo, de poco más de dos cuartas de largo, provisto en su parte superior de un hierro en forma de arco, que se cierra y abre por medio de unos goznes cuando se quiere usar, y lleva á un extremo otro hierro más pequeño, donde puede colocarse un palo, que sirve de mango para cuando se necesita, á causa de la distancia en que se encuentra el objeto que se desea coger. Esta *manga* se sumerge en el río hasta llegar al fango, y despues se retira; y como la tela es tan ligera y tiene tantos agujeritos, sale por ellos fácilmente el agua, quedando sólo la arena, de la cual se escogen los insectos ó caracolillos que existen en su fondo.

Porque habeis de saber, niños queridos, que en la mayor parte de los rios y riachuelos hay unas conchitas que los naturalistas llaman *Limnæa*, conociéndose várias especies y figurando entre ellas la *ovata*, *penegra* y *glabra*, que son muy pequeñitas y viven sobre las hierbas que sobrenadan en las aguas. Cuando llegueis á estudiar Historia Natural ya veréis cuantas maravillas encierra este planeta que habitamos que se llama tierra, y os llenaréis de admiracion al contemplar la pródiga mano de Dios que dió vida á tantos millares de seres como se ven por todas partes

tan varios y extraordinarios que llenan de sorpresa y admiracion á los sabios que se dedican á su estudio.

Volviendo á nuestro cuento, que ya veo que lo estais deseando, os diré, queridos niños, que M. Gougelet trabajó con tanto interes en favor de Manuel, valiéndose de sus amigos, que á los pocos dias de la última excursion de que os hablé hace poco, al entrar aquel á la mañana, como tenía por costumbre, para acompañarle á la caza, le dijo el buen frances:

— Bien venido, Manuel, hoy tengo que darte una buena noticia y tus deseos vas á verlos satisfechos; alégrate, pues, porque es un dia este para mí de gran gozo y contento y para tí aún mucho más; ya puedo ahora marcharme tranquilo..... He conseguido, mi amigo y querido Manuel, que te den, nada ménos que una pension en tanto sigas los estudios necesarios para alcanzar una carrera literaria.

El pobre muchacho estaba como atontado y no sabía ni acertaba qué decir, tal era el efecto que le habia hecho la noticia que acababa de darle Gougelet: así fué que sólo pudo dirigirle estas palabras:

— Señor y querido maestro, en buen hora os he conocido..... ¡cómo podré pagaros los favores que me dispensais?

— ¿Cómo? muy fácilmente, estudiando mucho y haciéndote digno del favor con que te han distinguido; que comprendan no fué exageracion lo que les he dicho de tí, afirmán-

doles que eras un buen muchacho, de irreprochable conducta y aficionado al estudio, y por último, acordándote de mí alguna vez.

— Siempre viviréis en mi memoria; vuestro nombre estará grabado en mi corazón al lado del de mi madre, le contestó Manuel, quien no pudo contener por más tiempo las lágrimas de gozo y de gratitud que querían asomar á sus ojos.

Gougelet, sin poder ya contenerse, le abrazó tiernamente, y á poco le dijo:

— Vamos á lo principal: ya es tiempo de que conozcas quién es el caballero que se ha dignado agraciarte con la pensión de que te acabo de hablar, y es preciso que vayas ahora mismo á presentarte á él para que te vea y te dé sus instrucciones.

En seguida nuestro naturalista le reveló el nombre de su favorecedor, y en el mismo acto corrió á presentarse á él.

Entre tanto os diré cómo tan pronto halló M. Gougelet lo que buscaba. Tenía costumbre este naturalista de pasar algunas horas de la noche en casa de un distinguido profesor de la Universidad, á quien venía recomendado. Allí se reunían otros profesores y aficionados á las ciencias naturales, y entre estos últimos había uno que se hacía notar por lo bien que repartía sus riquezas, que eran muchas. En una de aquellas noches oyó la entusiasta relación que el buen francés hizo de nuestro querido Manuel, y le impresionó tan-

to que de pronto se ofreció á interesarse por él.

Al ver esto Gougelet insistió con todas sus fuerzas en la recomendación del jóven, diciéndole que no podía dispensar su protección á otro más digno, encomiándole las notables disposiciones que tenía para el estudio, sus buenas costumbres y bondad de corazón y el ciego cariño que profesaba á su madre; y de tal manera lo hizo y tan buenas razones alegó que aquel caballero no pudo ménos que resolverse decididamente á dispensarle su protección, pensionándolo, como habeis oido ya, para que siguiese una carrera literaria.

Desde aquella noche quedó decidida la suerte de Manuel, rogando aquel caballero, cuyo nombre por ahora no puedo revelaros, á M. Gougelet que lo hiciese ir á su casa al día siguiente.

Aquí teneis, amados niños, la historia de la buena suerte de nuestro héroe, debida sólo al gran cariño que profesaba á su madre, que le llevó á ser siempre bueno y á no faltar á los deberes cristianos, sin distraerse en juegos ni en cosas malas. Y esto ya lo comprendeis muy bien vosotros; porque un niño que quiere bien y de veras á su madre no puede ser nunca malo.

¡ Si supierais, niños queridos, qué dolor y qué pena le causa á los padres el ver un defecto en sus hijos ú oír que han cometido una falta! Así es que cuando el profesor se ve obligado á decir á un padre que su hijo no sabe la lección y que siempre está

jugando en la escuela sin atender á sus explicaciones, es un momento terrible para el profesor y para los padres; para el primero, porque comprende el dolor que sentirán los segundos cuando lo sepan, y para éstos por el disgusto que sienten al oírlo. Disgusto muy grande, niños míos, que vosotros no podeis comprender bien, pero que cuesta tantas lágrimas á las pobres madres que se mueren de dolor y de afliccion. Pues bien, cuando un niño es bueno como Manuel jamas comete ninguna falta, porque sabe que de este modo no le causa ningun pesar á sus padres.

No necesito detenerme ahora en referiros (y voy á concluir mi cuento) el alegre regocijo con que cele-

braron Manuel y su madre el cambio que habian tenido en su fortuna y de que eran deudores á la generosidad de aquel caritativo caballero; lo mismo que el afan con que nuestro héroe trató de buscar una vivienda más agradable y cómoda para su pobre madre y de los adelantos que hizo en sus estudios, que siguió con constancia y aprovechamiento, logrando terminar su carrera, que hoy profesa y ejerce y en la que goza una legítima reputacion: y aquí doy fin á esta historia hasta el dia ménos pensado, amados niños, en que pueda contaros otra que os entretenga en vuestras horas de solaz y de descanso.

R. SEGADE CAMPOAMOR.

ESCRITORES FALLECIDOS.

Ofensivo sería para nuestros lectores suponer que no prestan interés al movimiento literario de la patria y que pueda serles indiferente la pérdida de los que se consagran al penoso ejercicio de las letras, tan mal recompensado por punto general en España. El periódico *Los Niños*, que desde su primer número pretende tener un carácter literario, que explica su éxito, cree justo consagrar un breve recuerdo en este número á los escritores españoles que han fallecido durante el año anterior. Muchos de ellos serán conocidos de nuestros lectores por sus escritos, otros por su fama: todos deben serlo, por lo que, en mayor ó menor escala, han

contribuido á formar la historia literaria de España.

Durante el año de 1875 han muerto el Sr. D. José Godoy Alcántara, de las Academias Española de la Lengua y de la Historia, autor de una *Historia crítica de los falsos cronicones* y de un curiosísimo *Ensayo histórico-etimológico-filológico sobre los apellidos castellanos*; el Sr. D. Eusebio Anglorra, poeta catalan, premiado en varios certámenes y autor de un poema titulado *La Humana comedia*; Don Lorenzo Pressas, Catedrático de la Facultad de Ciencias y á quien se deben trabajos especiales sobre las epidemias; D. Francisco Cutanda, académico de la Española de la Lengua,

autor de algunas novelas de carácter clásico y de un notable tratado titulado *El Teatro de los ciegos*, en el que se pretende que éstos desgraciados no sigan privados de este género de distracciones; D. Gabriel García Tassara, distinguido poeta lírico, cuyas obras fueron coleccionadas poco tiempo antes de su muerte; D. Narciso de la Escosura, que nos dió á conocer en España muchas y muy notables obras del teatro extranjero; D. Manuel Bueso y Ortiz, médico, catedrático y poeta; D. José Plácido Sanson, de quien conocerán probablemente nuestros lectores sus *Flores del alma* y que escribió además comedias y novelas muy apreciables; D. Odon Fonoll, autor de obras gramaticales y pedagógicas, dignas de loa; D. Jaime Clark, discreto traductor del teatro de Shakspeare y de las poesías más inspiradas de la moderna Alemania; D. Juan Bellido y Montesinos, escritor de materias militares; D. Juan de Tro y Ortolano, á quien se debe en gran parte el desarrollo de los estudios paleográficos; D. José Fernandez Espino, Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, autor de un excelente *Curso histórico-crítico de Literatura española* y de otros trabajos sumamente especiales; D. Matías Rodríguez Sobrino, que lo fué de *El Libro del consuelo*, *La Unidad Católica* y otras obras; D. Miguel Rosanes, autor de libros didácticos, en la especialidad matemática; D. Enrique Escrig y Gonzalez, poeta valenciano, autor de las comedias *Amor patrio*, *Guillen Sorolla* y *La Judía en Argel*; D. Fermin de la Puente y Apezechea, académico y traductor de *La Eneida*; Don

Serafin Adame y Muñoz, escritor de asuntos jurídicos; D. José Muñoz Maldonado, Conde de Fabraquer y escritor fecundo, que deja más de setenta obras de historia y novela; Doña Elvira Luna del Castillo, poetisa gallega; D. José Antonio Elizalde, Catedrático y escritor de Ciencias matemáticas; D. José Pastor de la Roca, cronista de Alicante, autor de numerosas poesías y traducciones; D. Antonio Santos Burillo, profesor de matemáticas, y poeta; D. Pedro Martin Losantos, Magistrado y autor de unos *Prolegómenos del derecho penal*; D. Eduardo Orodea, autor de unas *Lecciones de Historia de España*; D. Cipriano Martinez, actor y autor dramático; D. Juan Ceballos y Gomez, Catedrático de Medicina y autor de obras de la misma Facultad; Don Mariano Cubí y Soler, propagandista incansable de la ciencia frenológica y autor de obras de la especialidad, y D. Ramon Franquelo, autor del drama *Herodes* y de la comedia *El corazón de un bandido*.

Durante el año de 1875 han fallecido asimismo los periodistas Don Juan Gallardo y Diaz, D. Vicente Rodriguez Varo, D. Roman de Lacunza, D. Cirilo de Cortázar, Don Guillermo Saavedra, D. Felipe Picon, D. Leonardo Creus, D. Ignacio Martin de Argenta, D. Mariano Foncillas y D. Francisco Echanove.

Al consagrar un recuerdo á sus nombres, debemos inspirarnos en su ejemplo; especialmente en el que nos ofrecen los que, dedicados á la espinosa profesion de las letras, tenían por objeto principal *moralizar é instruir*.

M. OSSORIO Y BERNAD.



LOS NIÑOS.

REVISTA ILUSTRADA DE EDUCACION Y RECREO,
PUBLICADA Y DIRIGIDA
POR
DON CÁRLOS FRONTAURA.



Esta preciosa Revista, única en su género en España, es indispensable para la infancia y la juventud.

Ningun regalo mejor puede hacerse á un niño ó á una niña.

Van publicados 12 tomos, que se venden á **24 rs.** en Madrid y **30** en provincias cada uno.